



LAS HORMIGAS.

(Continuacion.)

—¡Cómo! ¿Que las hormigas hablan? exclamó aturdidamente una jovencita, toda sonrojada un momento despues, por haber atraído sobre sí la atencion en medio del silencio general.

—A esa pregunta la mejor respuesta es un hecho—contestó el naturalista.

—¿No habeis observado jamas, prosiguió, en la estacion en que el sol vierte sus rayos de oro sobre vuestras mieses dando á los frutos esos tonos vigorosos que nunca podrá igualar el pincel del más hábil pintor, en que la naturaleza toda, bañada de radiante luz, se entrega con actividad inconcebible á la mision que le impuso el Creador, no habeis observado lo que hace la hormiga cuando tropieza con un objeto

que su instinto le indica como útil para su alimentacion y la de sus compañeras? ¡Examinadlo! Es un terroncillo de azúcar que habeis dejado caer por tierra tal vez al tomar el café; cuerpo que, comparado con el tamaño y las fuerzas de la hormiga, equivale á una montaña. Despues de haberlo palpado con sus antenas que son cuatro, desiguales y de articulaciones cilíndricas, y una vez conocido que es para ella manjar tan agradable como para nosotros, clava en él el aguijon que en la boca tienen escondido las neutras ó trabajadoras y las hembras, y trata de arrastrarlo; pero ni siquiera consigue moverlo. Despues de algunas tentativas infructuosas, se convence de la inutilidad de sus esfuerzos, y, al parecer, lo abandona. Nada de eso;

apénas tropieza con otra, la detiene, toca con las suyas sus antenas y lo que le dice sólo ellas lo pueden saber; instruida por lo que le ha dicho, la segunda va también á probar su vigor en el pedazo de azúcar, pero igualmente fracasa. Entónces parte á su vez, en direccion opuesta á la otra para solicitar auxilio, en tanto que la primera, mensajera de tan importante nueva, ha congregado ya á várias; vuelven todas juntas, y reuniendo sus esfuerzos, consiguen arrastrar y llevar al nido la comida de aquel día.

Los fabulistas y la opinion general conceden á este industrioso insecto la prevision necesaria para reservar alimentos para los tiempos de penuria y escasez. ¡ Lo siento por las hormigas! pero esto no es verdad. Su boca cilíndrica y membranosa devora el pan de cada día sin pensar en el de mañana, que tampoco les falta, gracias á su laboriosidad y á su industria, ayudadas de la infinita bondad del Sér Supremo que lo dispone todo de modo que, como dijo el poeta:

¡ Señor, señor! El pájaro perdido
Puede hallar donde quiera su alimento,
En cualquier árbol colocar su nido,
A cualquier hora atravesar el viento.

Así quedó desvanecida la ilusion, y, deshaciéndose el cotarro, cada cual volvió á su casa convencido de que ántes de dar crédito á las elucubraciones que forja la imaginacion, es preciso cerciorarse, por medio de los cinco sentidos, los cuales generalmente no nos engañan, de la reali-

dad de las cosas, y de que allí donde la ignorancia, siempre pronta á conceder proporciones y atribuciones increíbles á los hechos más vulgares, crea fantasmas y delirios, la ciencia nos enseña que nada de lo que nos rodea se halla fuera del órden material de los fenómenos naturales, fenómenos, por otra parte, más extraordinarios y maravillosos que todas las extravagancias que se le puedan ocurrir á la fantasía de un poeta. Así, por ejemplo, al buen sabio se le olvidó decir que aquella hormiga que corria desalada en demanda de auxilio para arrastrar el terron de azúcar, se guardaba muy bien de entablar conversacion con todas las que encontraba, y si en su imprudente ligereza tal hubiese hecho, ¡ ay! entónces aquel producto de la elaboracion de las materias sacarinas que en todos los vegetales existen, y especialmente en la caña de azúcar y la remolacha, se hubiera convertido en segunda manzana de la discordia, origen de guerras tan pertinaces y sangrientas como la que pintó Homero en su *Iliada*, y que también han encontrado un admirable cantor en el sabio naturalista suizo Francisco Huber.

Las hormigas se dividen en tres clases, que son: los machos, las hembras y las neutras ú obreras. Las dos primeras no tienen otra mision que el asegurar la reproduccion de la especie, pereciendo apénas han depuesto en el nido el fruto. En esto se vé, como en todo, la sabiduría del Creador.

Se distinguen fácilmente por tener dos alas membranosas, y sabiendo esto no os sorprenderá que la ciencia las haya colocado en el orden de los *hymenópteros*, vocablo griego compuesto de otros dos, que quiere decir *alas membranosas*, vosotros que estais acostumbrados á verlas sin los indicados apéndices. Esto depende de que las que ordinariamente se encuentran son las neutras, las cuales, al par que de alas, carecen de sexo, pues apenas les alcanza el tiempo para todos los quehaceres que les sugiere el bienestar de la comunidad, ó bien sea del nido que habita en familia un gran número de ellas. No creais por eso que dejen de amar el reposo, no. También obedecen á esa ley natural que obliga á todos los seres vivientes á buscar en el descanso un alivio á las agitaciones de la existencia, ley bienhechora que inspiró al famoso poeta inglés Dryden unos bellísimos versos en que dice:

«La calma entra en todas partes, cuando la naturaleza duerme. Rendidos por el sueño, inclinan los montes sus pesadas cabezas; las aves repiten, soñando, sus dulces canciones, y adormecidas, traspiran las flores el rocío.»

Si aquella hormiguita de que nos ocupamos hubiera por inadvertencia anunciado á otras que no fueran de su mismo nido, que allí cerca habia un plato exquisito que podia suministrar un banquete á la comunidad, ¡cuántos estragos, cuántas alternativas de victoria y derrota ántes de

poder saborear tranquilamente aquel codiciado festin! Advertida por su enemiga, y no conociendo..... os lo puedo asegurar, la frase del poeta latino: «*Timeo Danaos et dona ferentes*», ésta hubiera reunido también los suyos, y en torno á aquel blanco de tantas ambiciones se hubiera trabado la más campal batalla que jamás se viera, y aunque faltase allí un D. Quijote para enumerar las claras hazañas y las divisas de los principales caballeros de ambos ejércitos contendientes, yo os juro que no ménos dignos de alcanzar famoso mote hubieran sido los hechos de armas que allí se realizáran. Erizada más que nunca por la cólera, cual otra quimera espantosa que comunica horrendo aspecto á un casco guerrero, la arista erecta que tienen situada entre el tórax y el abdomen, vigorosamente asidas por la boca, pugnan, tiran, ceden, luchan encarnizadas, hasta que la cabeza del vencido como repugnante trofeo queda entre las córneas mandíbulas del vencedor. Al fin y al cabo, el partido más débil abandona aquel ensangrentado campo, sembrado de cabezas, patas, troncos y antenas, y se retira como á fortaleza inexpugnable, á su nido, cuya abertura exterior se apresura á tapiar.

Pero no creais que por esto termine la pelea. En los ganglios nerviosos, que en los insectos reemplaza el cerebro de los vertebrados, animales así llamados por tener un esqueleto interior y un espinazo formado de vértebras, nacen ahora, si se me per-

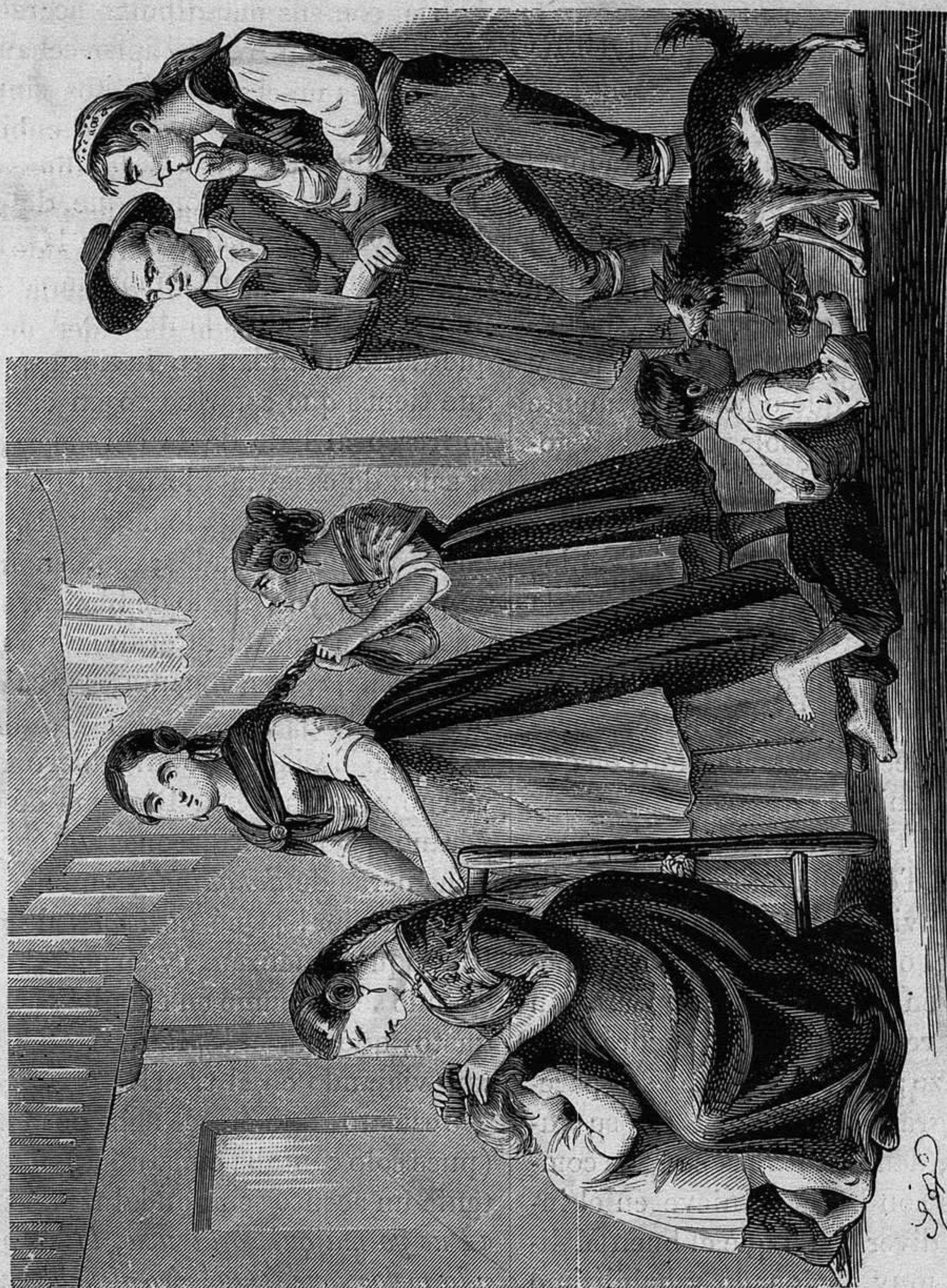
mite la frase, dos nuevas ideas: la del lucro y la de la molicie. El ejército triunfante, que ha seguido al que venía picándole la retaguardia, llega casi revuelto con él al nido, y el vencido apenas tiene tiempo, como decirse suele, más que para darle con la puerta en las narices. Aquellos hormigones mayores y de cabeza más grande que los demas, y á los cuales á las veces el vulgo llama *capitanes*, disponen sus columnas de ataque, y aquellas negras masas de hormigas hormigueantes se lanzan al asalto. ¡Pero en vano! que la argamasa formada de tierra amasada con un moco que segregan, resiste al ímpetu de los asaltantes. Estos no se desaniman, cual si fueran otros Moltkes ó Napoleones; dejan frente á la puerta una gruesa mano de combatientes para engañar al enemigo; los otros, en tanto, flanqueando la posición, ta-

ladran con sus mandíbulas aceradas los fuertes muros, y aprovechando uno de los muchos conductos sinuosos que, á guisa de caminos cubiertos, surcan el nido en todas direcciones, llegan á un espacio ensanchado que ocupa su centro, y en donde depositan lo que el vulgo llama sus huevos. Nada puede dar idea de la inextinguible ferocidad con que las hormigas defienden sus larvas, que es el primer estudio de las dos transformaciones que experimenta el insecto antes de llegar á su desarrollo completo; así es que en aquella plaza de armas la lucha adquiere épicas proporciones, hasta que al fin, entrada la guarida, arrollada por la superioridad de las fuerzas y las propias pérdidas, sucumbe la guarnición.

(Se continuará.)

DR. PEDRO ALEJANDRO AUBER
(de la Habana).





ESCENAS DE LA ALDEA.

La tia Engracia es una mujer muy aplicada y que no le gusta que se pierda el tiempo. Tres hijas tiene y un nieto, y les ha acostumbrado á que se peinen á un tiempo, en vez de peinarse ahora una, y luégo otra, y despues otra y el último el chico, porque ese sistema no es conveniente para ganar el tiempo. La hermana mayor peina á su hijo, que es el nietecito de la tia Engracia; la mediana peina á la mayor y la menor á la mediana.

¿Y quién peina á la menor?

La menor se peinó ella sola en cuanto se levantó. No es perezosa y prefiere peinarse ella sola á que la peinen las demas.

En casa de la tia Engracia no hay nunca pretexto para perder el tiempo.

LAS CUATRO ESTACIONES.

Una de esas bellas y encantadoras mañanas del mes de Mayo, en que apenas despunta el alba cuando el armonioso concierto de mil pintados pajarillos anima hasta al más dormilón y perezoso á saltar del lecho, y la suave brisa que agita dulcemente las hojas de los árboles convida á gozar de su influjo benéfico y misterioso, hallábanse alegremente reunidos cuatro candorosos niños, Teófilo, Meliton, Perico y Jesusito, bajo la ventana de la casa de su maestro, desde la que, sin que ellos lo notáran, escuchaba dicho señor esta sencilla é inocente conversacion con que se entretenian:

«¿Qué te agrada á tí más, preguntaba Teófilo á su hermano Meliton, el invierno, la primavera, el verano ó el otoño? Meliton, que no podía ver en la calle gato ni perro sin que le regalára alguna pedrada ó garrotazo; Meliton, que se parecía al gran Napoleon I en su juventud, dando batallas con sus compañeros con bolas de nieve en el invierno, diversion á que el buen Meliton era muy aficionado y habilísimo en hacer gigantones de nieve, contestó como instintivamente que el invierno.

¿Para qué? Excusado es decirlo. «Pues á mí, repuso Teófilo, á mí la primavera; Dios me dé primavera. Sólo por oír cantar á los ruiseñores y jilgueros se puede desear este tiem-

po. No digo nada de esas bonitas flores ni del grato aroma que despiden..... y eso de poder ir con la chaqueta al hombro sin temor de *cazar* uno de esos abundantes resfriados que tanto abundan en invierno, en que tienes que estar como un chorizo fresco al lado de la chimenea, ó si sales de casa, fajado como un recién nacido, ó cargado de ropa como un..... ya me entiendes; eso, en fin, de poder ir ya vestido de blanco, sin elástica ó camiseta interior, eso á mí me consuela, me encanta, ¡viva la primavera!»

Perico decia: «Yo ni quiero invierno ni primavera, Dios me dé el verano. ¡Qué mordiscones entónces á las peras de *donquindo*, que ahora están en flor! ¡Qué *atracones* de albaricoques, manzanas y ciruelas! ¿Y cuándo se pone uno en el trillo? ¡Qué gusto, qué placer! ¡Parece que va uno viajando en el tren!»

Jesusito, que era el más pequeño (pues sólo contaba cinco años), y que tenía un acento semi-andaluz, decia: «*Pue yo ma quiero la uva, lo melone y lo melocotone. ¡Qué rico que zaben!*» Es decir, que éste era partidario del otoño por regalar su paladar con la exquisita y, sin disputa, mejor fruta de todo el año. El maestro, que era el padre del último, se reía como un bobo de aquellas inocentes ocurrencias; pero las prefirió como tema para instruirlos cuando entráran en la

escuela. Sonaron las ocho, y ántes que diera la última campanada ya estaban los cuatro niños con todos sus compañeros en sus respectivos puestos; rezaron como de costumbre; concluida la oracion, el profesor mandó que se sentáran y empezó á hablarles en estos términos:

«Queridos discípulos, ¡cuánto me gustan y deleitan vuestras inocentes y sencillas conversaciones! Esta mañana os he oído una desde la ventana, que ciertamente me ha tenido como encantado hasta que la habeis concluido. Cuatro eran los que la sostenian, y los cuatro deseaban cosa distinta: el uno queria que siempre fuese *invierno*; otro, que *primavera*; uno, que siempre *verano*, y otro *otoño*. Al ver tal diversidad de deseos, me ha parecido conveniente manifestaros lo que dijo Jesucristo en otro tiempo: «No sabeis lo que pedís.» Efectivamente; sin invierno, la tierra careceria de la humedad que es tan necesaria para la vegetacion, no tomarian agua los manantiales, y el honrado y laborioso labrador acabaria ántes sus dias si no diera á sus miembros los de reposo que parece dispuso la divina Providencia para que recuperase sus fuerzas, gastadas en las penosas faenas de primavera, verano y otoño. ¡Ah! ¡pero si siempre fuese invierno, de seguro que Meliton se cansaria de hacer y arrojar bolas de nieve!

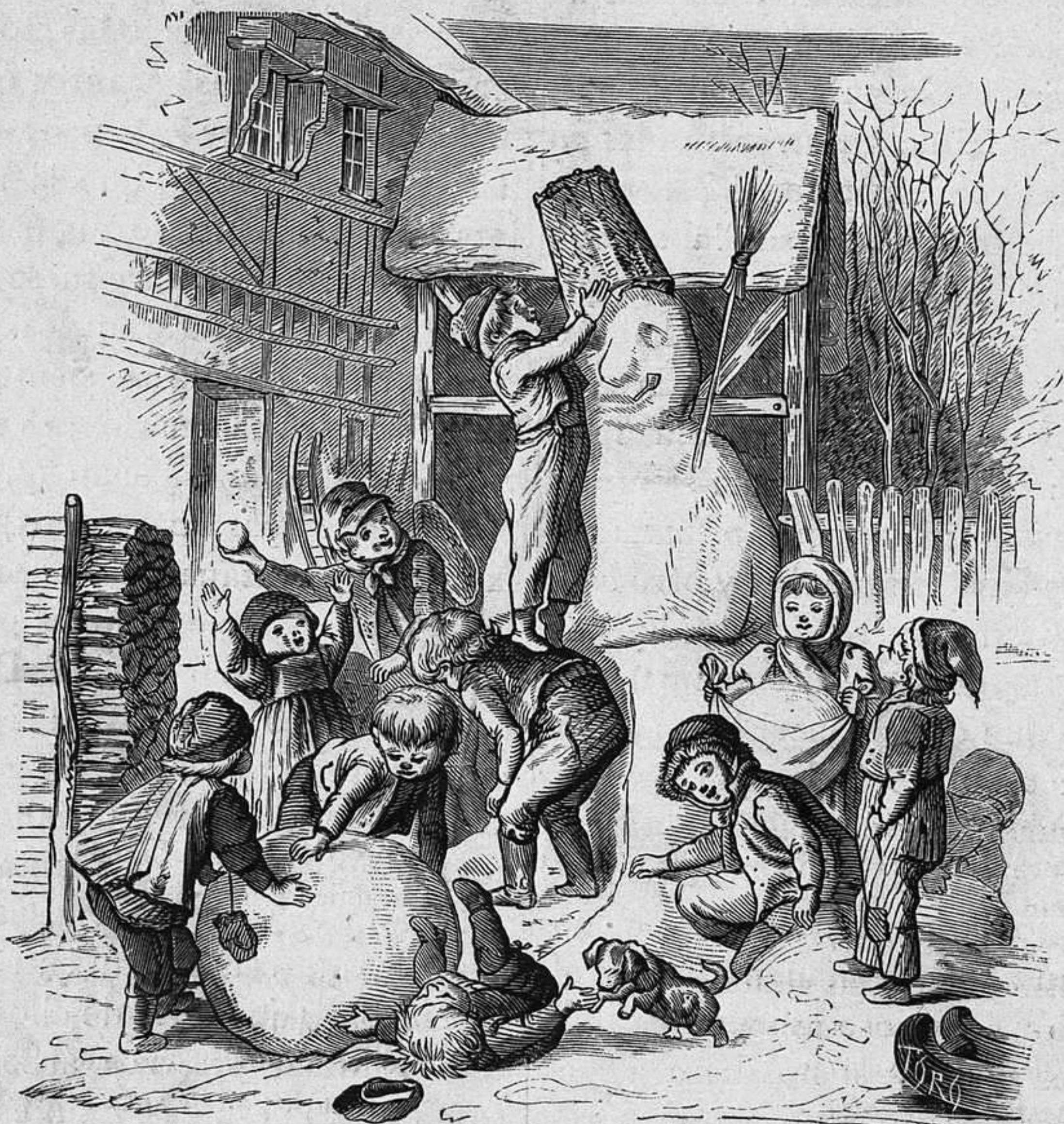
» Sin primavera, continuó el maestro, sin ese término medio entre el frio y el calor, las flores no abririan su perfumado cáliz, no se vieran esas

variadas y elegantes alfombras que adornan el suelo que pisamos; no oyéramos el dulce y delicado trino del ruiseñor que pasa tristemente el invierno en las apartadas regiones del Africa y Egipto, no..... pero ¿á qué deciros más? ¿No estais viendo vosotros las bellezas todas, todos los placeres, todos los encantos que nos ofrece esta alegre estacion, en que parece, y es verdad, que la naturaleza toda toma nuevo vigor y vida nueva? Pero si siempre fuese primavera, ¿cómo madurarian los frutos? El calor que en ella se siente no es bastante para sazonarlos; es necesario el verano, la estacion que agrada á Perico, para hacer la guerra á las peras, manzanas, doradas ciruelitas y albaricoques. ¿No es así? «Sí, señor», respondió Perico. Pues escucha, replicó el maestro; si no hubiera más que verano, se secarian las fuentes, se marchitarian las flores, se agostarian las plantas y los árboles, y esos alegres y risueños arroyuelos que serpentean entre la verde hierba, ¿qué sería de ellos? Y sin esas plantas, sin esos árboles, sin esas doradas espigas y sin esas cristalinas aguas, ¿cómo pudiéramos vivir? Con sólo ese sol abrasador, cuyo fuego voraz templan las humedades que recibe la tierra en invierno y primavera, no se podria respirar, moririamos abrasados.

» ¿Y si siempre fuese *otoño*, como desea Jesusito? Os aseguro que sin otro alimento que *lo melocotone, uva y melone*, como él dice, no faltarian irritaciones de vientre, dolores de es-

tómago, y lo que es peor y más repugnante, *grandes cazas de monas*, como por aquí se dice, tremendas borracheras, que, haciendo perder el uso de la razón al que las cazara, ofrecerían, en un desgraciado é in-

digno semejante nuestro, en una imágen del Criador, el juguete más repugnante, el espectáculo más vil é indecente, como lo ofrecen esos hombres dignos de compasión que no tienen más afán que la bebida. Pero y



.... y habilísimo en hacer gigantones de nieve (pág. 214).

si no hubiese otoño, ¿cómo preparar la tierra para la siembra y hacer otras mil labores tan necesarias para la vida? Ya veis, pues, que las cuatro estaciones son sumamente necesarias, y que el orden con que están arregladas no admite enmienda. Por tanto, os aconsejo que seais moderados en vuestros deseos, que reflexionéis siempre ántes de decidiros á dar

vuestra opinion, que no os dejeis dominar por las pasiones, pues de lo contrario os veréis burlados en muchas ocasiones, y, sobre todo, que tengais presente que en esto de gobernar la naturaleza, el Supremo Hacedor comprende mejor que otro ninguno nuestras necesidades, y nadie más que Él sabe remediarlas.»

J. C. BUSTO.



¡POBRES NIÑOS! (1).

¡ No llores , niño inocente ,
 Porque el tapiz de tu lecho ,
 En mil harapos deshecho ,
 No conserve tu calor !...
 No llores , no , si una madre
 Tienes , que en su seno amigo
 Ofreciéndote un abrigo ,
 Te acaricie con amor .—

¡ Eres más feliz que el huérfano
 Que duerme en cama suntuosa ,
 Sin que sus labios de rosa
 Cierre el beso maternal !
 ¡ Que mientras él se desvela ,
 Sin que le aduerma un cariño ,
 Tú le encuentras , pobre niño ,
 Y hallas alivio á tu mal !

¡ Él no , y es tan inocente
 Como tú , y es tan hermoso ,
 Tan dulce y tan candoroso ;
 Los dos vivís una edad !
 Y los dos llorais : tú , pobre ,
 Lloras temblando de frío ,
 Y el otro llora , ¡ hijo mio !
 Sin saberlo , su orfandad !

¡ Ah , no lloreis , mis queridos ,
 Que hay para los dos un cielo ,
 Para los dos un consuelo ,
 Un manto para los dos !...
 ¡ Hay una vírgen que vela
 Por los niños desgraciados ,
 Y deja á los fortunados
 Para que los vele Dios !—

(1) Esta poesía se publicó en el precioso libro *Cantos del Cristianismo*.

MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ.



HIGIENE DE LOS NIÑOS.

SEGUNDA TARDE (1).

Afanoso D. Rufino por enterarse del contenido del curioso libro de D. Alfonso, para la mejor educacion de los niños, no faltó al siguiente dia en busca de su amigo para continuar su lectura, y despues de los saludos respectivos emprendieron su paseo, como la tarde anterior, comenzando por la

Química alimenticia, cocina simple y compuesta.

Si los vestidos son necesarios para cubrir nuestras carnes, puede pasarse con los de buena ó mediana calidad, y con uno ó dos por año, sin enfermar; pero no sucede lo mismo con el alimento, que no siendo de buena calidad y no estando bien preparado, la salud se pierde sin remedio.

Es un precepto higiénico el comer cosas sanas y las propias de la estacion y nunca con gula: los alimentos conservados en latas, en grasas ó de otra manera, son siempre difíciles de digerir. La naturaleza ha dado en cada país y en cada estacion lo que debe comerse; lo demas es lujo y abuso que el hombre hace de las cosas.

Los niños no deben comer las cosas conservadas y fuera de estacion: «Cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento», dice el refran y dice

una gran verdad. El niño se debe levantar de la mesa con gana y pudiendo admitir más su estómago; de este modo su vida será alegre, y fresca y lozana su fisonomía. Cuando él no pueda conocer por su edad el daño que le hace la intemperancia, dirigidle en sus comidas y evitaréis graves enfermedades.

En cuanto á los guisos ó condimentos deben ser sencillos, sin especias, picantes ni encurtidos; éstos no son otra cosa que estímulos para aquellos que tienen estragado el apetito, y á los niños les hará siempre daño, viéndoles bien pronto con granos, erupciones, irritaciones de estómago y otros males que les harán perder su alegría.

Los cocineros y las cocineras son, por lo general, gente ignorante, y es en vano preguntarles cómo será menos indigesta una comida, ó que legumbre es más nutritiva ó menos dañosa, porque no saben guisar más que por rutina, y cuando les exigen que guisen mejor porque hay convidados, se limitan á presentar muchos platos, algunos muy raros y extraños para que sorprendan á los convidados aunque despues sufran los inocentes convidados grandes dolores de estómago.

No olviden los niños gastrónomos que en los grandes banquetes, en las abundantes comilonas y en muchas

(1) Véanse los números 1.º y 2.º del tomo XI.

fondas y restaurants, hay en cada plato una enfermedad.

No hay dama, sea de la clase que quiera, desde la más encopetada á la más humilde, que cuando tiene que hacerse un vestido no visite todas las tiendas hasta que elige el de más gusto; ella consulta el color que mejor le va, los adornos más adecuados, las flores del sombrero, etc., etc., y lo mismo hace el hombre con el paño para un gaban ó paletot, y, sin embargo, triste es decirlo, son contadas las personas que se ocupan de la comida que diariamente debe hacerse, de la más sana y en armonía con las fuerzas y condiciones de cada uno para conservar la salud y prolongar la vida.

Hemos dicho que no deben comer los niños siempre la misma clase de alimentos, porque es perjudicial á la salud, y que ésta se sostiene mejor con alimentos variados.

—Ese es un principio ciertísimo, dijo D. Rufino, y demostrado científicamente por el químico Liebig.

—Antes que ese célebre químico se ha dicho por los hombres de saber, aunque no de la manera que él.

La comida para los niños no ha de estar ni muy cocida ó asada, á manera de extracto, ni tampoco casi cruda, porque de ambos modos es difícil la trituración y el estómago se fatigará sin resultado, así como en su término medio irán sustancias disolventes que son necesarias para la más fácil asimilación, obedeciendo á aquel principio de *Non agunt corpora nisi soluta*.

No es, como creen algunos, indiferente comer unos alimentos ántes que otros; es preciso en esto seguir el uso y costumbre establecida por nuestros antepasados y el país donde uno vive. En España y Francia se empieza á comer por la sopa, después el frito, el pescado, el asado, entremeses y postres, y en muchos puntos de España ántes del frito el cocido castellano. Las bebidas digestivas se usan después de la comida y algunas entre ella, concluyendo con café ó té entre familias de buena cultura, pero á los niños no se les debe dar vinos amargos ni digestivos, porque se excitan demasiado; el mejor disolvente de los alimentos es el agua, y cuando más, con un poco de vino.

Los pescados son generalmente difíciles de digerir por falta de osmazono, así es que requieren sus guisos alguna grasa.

En los asados conviene echar algún ácido para su mejor digestión, y son dañosas y perjudiciales las carnes á medio asar, por ser indigestas y predisponer á lombrices, y en particular á la solitaria.

Las legumbres no deben cocerse demasiado, porque se las priva de las sales de potasa y sosa que contienen y se vuelven indigestas.

Los huevos pasados por agua son un alimento excelente y á propósito para los estómagos de los niños y personas débiles.

Por último, se debe hacer sociable el momento de la comida, sostener en la mesa una conversación

amena y recreativa, y no hablar de cosas melancólicas, comer variado, sin lujo ni abuso en el alimento, y así se reparan bien las fuerzas y se proporciona una larga vida. Mientras el niño come no se le han de contar ni recordar escenas lastimosas, ni castigarle ni reñirle; si en algún caso se necesita prudencia para educar un niño, nunca más que cuando está comiendo.

La cocina simple y la compuesta conviene conocerlas para la mejor dirección de los alimentos. La cocina simple es la que usaban los bárbaros, que se reducía á llenar el estómago con una cantidad de alimento sin variación alguna.

La compuesta se ocupa de preparar los alimentos conforme á la naturaleza de los órganos, facilitando la digestión y conservando así la salud.

Recordaremos al joven lector que Sylo el tirano dió un gran convite, y queriendo que durara muchos días, despobló las selvas para que hubiera cantidad y variedad de animales y pudieran saciarse y embriagarse los convidados.

Neron el cruel dió también un banquete en el que hubo lenguas de pavones guisadas de distintos modos.

La cocina simple como la compuesta son perjudiciales cuando no se hacen con moderación.

Cuando los niños se alimentan con abundancia ó gula se falta al régimen y seguramente enfermarán ó sufrirán dolores físicos insostenibles.

Los alimentos han de contener elementos reparadores, de lo contrario no sirven; estos elementos se encuentran en las plantas, en la atmósfera y en los animales que se alimentan de las plantas y de donde nosotros tomamos para nuestro sustento.

Se puede resumir cuanto llevamos dicho: 1.º, en que la variedad de alimentos y su conveniente preparación son indispensables para la vida; 2.º, que los alimentos bien digeridos fortifican las funciones vitales y llevan á todos los órganos su contingente para disfrutar de salud, y 3.º, que el objeto de la alimentación es digerir y asimilar la mayor cantidad posible de principios reparadores.

Los dos amigos se ocuparon después en comentar lo que acababan de leer, dejando para otra tarde la continuación de su útil tarea.

JOSÉ DIAZ BENITO.



ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA (1).

IV.

Las reglas fijadas para convertir así articulaciones como tipos de unidades y decenas en palabras y su procedimiento inverso, nos dan la clave para construir las fórmulas que sirven á la retencion de hechos que guardan relacion sucesiva en la historia ó en las ciencias.

Ocupándonos en la primera, presentaremos algunos ejemplos que confirman esta verdad. Para ello tomaremos épocas de la historia antigua, poniendo su número ordinal á

cada suceso, el año á que hace referencia, y la *voz data* que ha de recordárnosle, para formar despues una oracion gramatical, conforme ya dejamos explicado, lo más lacónica posible, que contenga: el nombre que al suceso da importancia en primer término; el lugar que ocupa en el cuadro; el texto variable para darle algun enlace, y la *voz data* que traduce el año en que aconteció. Y tén-gase en cuenta que los siguientes, como son anteriores á N. S. Jesucristo, los contamos de mayor á menor, porque no puede ser de otra manera.

| NOMBRES. | | ÉPOCAS. | DATAS. |
|----------|------------------|------------------------------------|--------|
| 1.º | Adan. | Creacion del mundo. | 4.004 |
| 2.º | Noé. | Diluvio universal. | 2.348 |
| 3.º | Abraham. | Vocacion. | 1.921 |
| 4.º | Moisés. | La ley escrita. | 1.491 |
| 5.º | Troya. | Su ruina. | 1.184 |
| 6.º | Salomon. | Funda el templo. | 1.004 |
| 7.º | Rómulo. | Fundacion de Roma. | 754 |
| 8.º | Ciro. | Liberta al pueblo de Dios. | 536 |
| 9.º | Scipion. | Vence á Cartago. | 202 |

No establecemos de un modo infalible estas épocas, que tomamos del historiador Bossuet y que difieren de algunos otros cronologistas; pero á nuestro objeto no hace al caso su mayor ó menor exactitud, porque el principio del arte no por eso se falsea,

que es traducir á palabras los guarismos, sean los que quieran.

Los hechos aislados, y aún más las fechas, ya hemos indicado cuán difícil es retenerlos en la memoria, y es más fácil, aunque parezca lo contrario, conservar dos, seis, diez, veinte palabras que una sola, con tal que éstas tengan cierto enlace entre sí.

(1) Véase el núm. 11.

Para retener los antedichos años, necesitamos de las voces dadas *rechazar-animaria vió-de pena dia-te repite-todo fuera-tu sesera-aquella era-el amigo-y encina*: frases todas inconexas y desprovistas de sentido: ¿cómo dársele? ¿Cómo relacionarlas con los hechos y los números? Nada más sencillo: con el lazo de su fórmula de texto variable.

EJEMPLOS.

- 1.º Que *Adan* y la *creacion* son hechos contemporáneos nadie lo puede. . . . *re cha zar*
 El esqueleto de esta palabra es. *re, che, ze, re,*
 Sus números equivalentes. 4. 0. 0. 4.
- 2.º Después del *Diluvio*, Noé, que Dios la tierra. . . . *ani ma ria vió*
 Sus articulaciones.. . . . *ne, me, re, ve,*
 Sus números. 2. 3. 4. 8.
- 3.º *Abrahan* á su *vocacion* no llamó. *de pe na dia*
de, pe, ne, de,
 1. 9. 2. 1.
- 4.º *Moisés*: el precepto de la *Ley*, Dios. *te re pi te*
te, re, pe, te,
 1. 4. 9. 1.
- 5.º Lo que pasó dentro de *Troya* no se puede notar.. *to do fue ra*
te, de, fe, re,
 1. 1. 8. 4.

- 6.º La grandeza del *Templo* de Salomon no cabe en. . . *tu se se ra*
te, se, se, re,
 1. 0. 0. 4.
- 7.º La *fundacion de Roma* empresa fué digna de. . . *aque lla era*
que, lle, re,
 7. 5. 4.
- 8.º Al *libertar* *Ciro* á los ju- díos fué de ellos.. . . . *el a mi go*
le, me, gise,
 5. 3. 6.
- 9.º *Scipion* venció á *Cartago* como el hacha á la. . . . *en ci na*
ne, ce, ne,
 2. 0. 2.

Con estos ejemplos es muy bastante para que cada uno pueda inventar la fórmula más adecuada á representar los sucesos y las fechas que quiera retener en su memoria.

Lo mismo puede hacerse con ciertos descubrimientos antiguos, v. gr.: el de las Américas por Cristóbal Colon en 1492, formando una oracion de texto variable parecida á ésta:

Colon con su fe al *descubrir* las Américas demostró que no era. *él ra bi no*
le, re, be, ne,
 1. 4. 9. 2.

El laton se inventó el año de 1550.

Fórmula: El bruñido del *Latón* le hace más suave que una. *te la li sa*
 : : : :
 1. 5. 5. 0

Se fabricó el puente de Segovia sobre el Manzanares en 1584.

Fórmula: Decía uno mirando al puente; por mucha agua que el río trajese no. *te lle va ría*
 : : : :
 1. 5. 8. 4.

El chocolate se empezó á usar en 1626.

Fórmula: Si el chocolate se vierte lo que toca. *de ja ne gro*
 : : : :
 1. 6. 2. 6.

Tomicelli descubrió el peso del aire en 1643.

Fórmula: ¡Lástima que otros inventos no. *de ja ra más!*
 : : : :
 1. 6. 4. 3.

Las alfombras se inventaron en Francia en 1644.

Fórmula: La que llevase alfombra por brazalete llevaría un. *di je ra ro*
 : : : :
 1. 6. 4. 4

Las péndolas horológicas en París, en 1657.

Fórmula: Al tocar á la péndola una niña su padre le dijo. *De ja, lo ca*
 : : : :
 1. 6. 5. 7.

Las bombas de incendios en 1722.

Fórmula: Si te dicen que se inventaron en España.. . . . *di que no; no*
 : : : :
de, que, ne, ne,
 : : : :
 1. 7. 2. 2.

No hay que pararse en la mayor ó menor propiedad de estas fórmulas, ni en su estilo incorrecto y defectuoso, porque no se trata aquí de un lenguaje escogido y sujeto á reglas gramaticales; nada importa emplear el sentido figurado de la frase y que ésta sea grotesca y chavacana, lo cual suele á veces grabarse mejor en la memoria, con tal que los hechos resulten claros y la voz *data* traduzca el guarismo que se busca.

Con el fin de no aglomerar ejemplos, que no serian más que una repetición de pruebas á distintos objetos, reservamos la cronología para el procedimiento de las *localidades*, que hace ménos complicadas estas reglas y ofrece un ancho campo á la mnemonización de numerosos hechos históricos, sin temor de alterarlos, equivocar sus fechas ni confundirlos, como lo demostraremos en otro capítulo.

M. J. PASCUAL.



TIPOS DEL PUEBLO ESPAÑOL.



VALENCIANA.

MADRID, 1875.
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESTORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.